

CRÓNICAS DE ELRIC,
EL EMPERADOR ALBINO VI

La venganza de la Rosa

MICHAEL MOORCOCK

CRÓNICAS
DE ELRIC,
EL EMPERADOR
ALBINO VI

La venganza de la Rosa



Consulte nuestra página web: www.edhasa.es
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *The Revenge of the Rose*

Traducción de José Manuel Pomares, cedida por Martínez Roca, S.A.

Diseño de la colección: Jordi Salvany

Diseño de la cubierta: Edhasa

© Mapa: Carlos de Miguel, 2006

© de la espada que ilustra la cubierta: Christos Achilleos, 2006

© Ilustración de la cubierta: Alberto Pez

Primera edición: enero de 2013

© 1991, by Michael Moorcock

© de la presente edición: Edhasa, 2007, 2013

Avda. Diagonal, 519-521

08029 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: info@edhasa.es

Av. Córdoba, 744, 2º piso, unidad C

C1054AAT Capital Federal, Buenos Aires

Tel. (11) 43 933 432

Argentina

E-mail: info@edhasa.com.ar

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-350-1985-9

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B. 709-2013

Impreso en España



*Para Christopher Lee:
¡Arioch te espera!*

*Para Johnny y Edgar Winter:
¡continúad!*

*Para Anthony Skene,
con gratitud.*

Elric sólo pudo disfrutar brevemente de la tranquilidad de Tanelorn y luego tuvo que iniciar de nuevo sus incansables viajes. Esta vez se dirigió al este, a las tierras conocidas como Directorados Valederianos, donde había oído decir que existía un cierto globo que mostraba las naciones del futuro. En ese globo esperaba aprender algo de su propio destino, pero al buscarlo se ganó la enemistad de esa feroz horda conocida como la Hueste Haghan'iin, que lo capturó y torturó poco antes de que escapara y uniera sus fuerzas con los nobles de Anakhazhan para entrar en batalla con ellos...

Crónica de la Espada Negra

LIBRO PRIMERO

SOBRE EL DESTINO DE LOS IMPERIOS



¿Qué? ¿Nos llaman decadentes, y también a toda nuestra nación?

Amigo mío, eres demasiado severo para estos tiempos. Estos tiempos son nuevos.

Deberías discernir en nosotros una introspección egoísta, un orgullo impotente:

En realidad, lo único que se divisa es la parodia de nosotros mismos y una sabiduría antiquísima.

*Wheldrake,
Conversaciones bizantinas*

Capítulo 1

DEL AMOR, LA MUERTE, LA BATALLA
Y EL EXILIO; LOS ENCUENTROS DEL LOBO
BLANCO, UN ECO DEL PASADO NO DEL TODO
BIEN RECIBIDO



Desde la improbable paz de Tanelorn, más allá de Bas'lk y de Nishvalni-Oss, desde Valderia, siempre hacia el este, corre el Lobo Blanco de Melniboné, aullando su roja y horrible canción, para saborear la dulzura del derramamiento de sangre...

... Todo ha terminado. El Príncipe Albino se halla montado sobre su caballo, como si se encontrara bajo el peso de su propio y exagerado placer por la batalla,

como si se sintiera avergonzado de contemplar una carnicería tan profundamente impía.

De la poderosa Hueste Haghan'iin, ni una sola alma ha sobrevivido una hora después de una victoria segura que ya habían celebrado antes. (¿Cómo podían no ganar si el ejército de lord Elric no era más que un fragmento de su propia fuerza?)

Elric ya no siente rencor contra ellos, pero tampoco experimenta mucha piedad. En su potente arrogancia, en su ceguera ante la riqueza de brujería dominada por Elric, se habían mostrado muy poco imaginativos. Se habían reído a carcajadas de sus advertencias. Se habían burlado de su antiguo prisionero, a quien tomaron por un débil engendro de la naturaleza. Unas criaturas tan violentas y estúpidas sólo se merecían el desastre general reservado a todas las almas malformadas.

Ahora, el Lobo Blanco despereza su cuerpo enjuto, sus brazos pálidos. Descansa, jadeante, sobre la gran silla pintada de combate, luego toma la murmurante hoja infernal que porta e introduce el saciado acero en la suavidad de su vaina de terciopelo. Se produce un leve sonido a su espalda. Vuelve unos ojos tristes y carmesíes, para encontrarse con el rostro de la mujer que detiene su caballo junto a él. Tanto la mujer como el caballo muestran el mismo orgullo inquieto, ambos parecen excitados por una victoria que no han buscado; ambos son muy hermosos.

El albino se inclina para tomar la mano sin guante de la dama y se la besa.

—Hoy compartimos honores, condesa Guyë.

Y su sonrisa es algo que sólo se puede adorar o temer.

—¡En efecto, lord Elric! —Ella se coloca el guantelete y retiene a su encabritada montura—. De no haber sido por la fecundidad de tu brujería y por el valor de mis tropas, esta noche habríamos sido carne del Caos, ¡y desgraciados si hubiéramos quedado con vida!

Él contesta con un suspiro y un gesto afirmativo. Ella habla con un tono de profunda satisfacción.

—La Hueste no devastará otros territorios, y sus mujeres, en sus árboles-hogar no darán a luz más brutos capaces de ensangrentar al mundo. —Se echa hacia atrás la pesada capa, y cuelga el reducido escudo por detrás de ella. Su largo cabello capta la luz del atardecer, de un profundo bermellón, tan inquieta como el océano cuando ríe, mientras que sus ojos azules lloran; había iniciado el día con la expectativa de que lo mejor en que podía confiar era una muerte repentina—. Estamos profundamente en deuda con vos, señor. Os estamos agradecidos, todos nosotros. Seréis conocido en todo Anakhazhan como un héroe.

La sonrisa de Elric es ingrata.

—Nos unimos por necesidades mutuas, señora. Yo no estaba sino saldando una pequeña deuda con mis captores.

—Hay otros medios de saldar esa clase de deudas, señor. Seguimos estando agradecidos.

—No aceptaría el mérito por un altruismo que no forma parte de mi naturaleza —insiste él.

Aparta la mirada hacia el horizonte, donde una cicatriz púrpura sustituía los matices rojos del sol poniente.

—Yo tengo una opinión diferente al respecto.

Ella habla con suavidad, pues un gran silencio se ha extendido sobre el campo y una ligera brisa agita los cabellos enmarañados, los fragmentos de tela ensangrentada, la piel desgarrada. Se observan preciosas armas, metales y joyas, sobre todo por donde los nobles Haghan'iin intentaron escapar, pero no se acercará al botín ninguno de los espadachines de la condesa Guyë, mercenarios o anakhazhani libres. Entre estos fatigados soldados existe una tendencia general a dejar en el campo todo lo posible. Sus capitanes no cuestionan esta actitud, ni tratan de impedirse la.

—Yo creo, señor, que, a pesar de todo, servís a alguna causa o principio.

Él se apresura a sacudir la cabeza; su postura sobre la silla es de creciente impaciencia.

—No defiendo la maestría ni la persuasión moral, sino que sólo me defiendo a mí mismo. Lo que vuestra alma anhelante toma erróneamente por lealtad a una persona o propósito, no es más que una determinación firme y, ah, claro, de principios, para aceptar la responsabilidad sólo por mí mismo y mis propias acciones.

Ella le dirige una mirada rápida y juvenil de ex-

trañada incredulidad, y luego se da la vuelta con el esbozo de una débil sonrisa de mujer.

—No habrá lluvia esta noche —observa, sosteniendo una mano oscura y dorada contra el atardecer—. Toda esta confusión tendrá muy mal olor y extenderá la fiebre en cuestión de horas. Será mejor que nos movamos y vayamos por delante de las moscas.

Escucha el aleteo lo mismo que él, y ambos se vuelven y observan a los primeros y glotones cuervos que se posan sobre los cuerpos convertidos en un amasijo de carne sanguinolenta, con extremidades y órganos esparcidos al azar, para saltar de unos a otros y picotear rostros medio destruidos que todavía gritan pidiendo una piedad burlescamente negada, cuando el duque del Infierno, lord Ariocho, patrono de Elric, ayudó a su hijo favorito.

★ ★ ★

Eran los tiempos en que Elric abandonó a su amigo Moonglum en Tanelorn y recorrió todo el mundo para encontrar un territorio que se parecía tanto al suyo que habría podido instalarse allí, pero ningún otro territorio como Melniboné podría ser ni una décima parte su rival en cualquier lugar en que los nuevos mortales pudieran asentarse. Y, ahora, todos estos territorios eran mortales.

Había empezado a aprender que se había ganado una pérdida que jamás quedaría compensada, y al per-

der a la mujer que amaba, a la nación a la que había traicionado y la única clase de honor que había conocido, también había perdido una parte de su propia identidad, un cierto sentido de su propio propósito y razón sobre la Tierra.

Irónicamente, fueron estas mismas pérdidas, estos mismos dilemas, los que le hacían tan poco parecido a su pueblo melnibonés, porque los hombres de su pueblo eran crueles y perseguían el poder por el poder; que era la razón por la que habían terminado por abandonar cualquier otra virtud más suave que pudieran haber poseído en otro tiempo, arrastrados por su necesidad de controlar no sólo su mundo físico, sino también el mundo sobrenatural. Habrían gobernado el Multiverso si hubieran comprendido con claridad cómo podía conseguirse eso; pero ni siquiera un melnibonés es un dios. Algunos argumentarían que sólo habían llegado a producir un semidiós. Su gloria en el poder terrenal les había conducido a una ruina decadente, como sucede con todos los imperios que glorificaron el oro o la conquista, o aquellas otras ambiciones que nunca pueden quedar satisfechas, sino que deben ser alimentadas continuamente.

Sin embargo, incluso ahora, Melniboné podría haber seguido viviendo, en su senilidad, de no haber sido traicionada por su propio y exiliado emperador.

Y no importa la frecuencia con la que Elric recuerda que el Brillante Imperio se hallaba previamente condenado a su final infeliz, él sabe en lo más

profundo de su ser que fue su feroz necesidad de venganza, su profundo amor por Cymoril (su prima cautiva), sus propias necesidades, en otras palabras, las que causaron el desmoronamiento de las torres de Imrryr y diseminaron a su pueblo, como odiados nómadas, por la superficie de un mundo que en otro tiempo habían gobernado.

Forma parte de su carga el que Melniboné no cayera a causa de un principio, sino de una ciega pasión...



Cuando Elric se disponía a despedirse de su aliada temporal, se sintió atraído por algo que observó en los ojos maliciosos de la condesa, y se inclinó, con un gesto de asentimiento, cuando ella le pidió que cabalgara durante un rato a su lado; luego le sugirió que quizá le apeteciera tomar un poco de vino en su tienda.

—Habría más de filosofía —añadió ella—. Hace tiempo que anhelo la compañía de un igual intelectual.

Y se marchó con ella, por esa noche y por otras muchas que vendrían. Serían los días que recordaría como la época de las risas y de las colinas verdes interrumpidas por líneas de suaves cipreses y álamos, en las propiedades de Guyë, en la provincia occidental de Anakhazhan, durante los encantadores años de la paz duramente ganada por ella.

Pero cuando ambos hubieron descansado y empezaron a tratar de satisfacer sus inquietas inteligencias, quedó claro que la condesa y lord Elric tenían necesidades muy diferentes, de modo que Elric se despidió de la condesa y de sus amigos en Guyë, tomó un buen caballo perfectamente preparado para cabalgar y dos fornidos animales de transporte, y se dirigió hacia Elwher y el Este no cartografiado, donde todavía confiaba encontrar la paz de una familiaridad sin tacha.

Anhelaba contemplar las torres y las dulces esculturas de piedra, que se elevaban como dedos guardianes hacia los deslumbrantes cielos de Imrryr; echaba de menos el agudo ingenio y la alegre ferocidad de su pueblo, la rápida comprensión y la crueldad natural que tan ordinarias le habían parecido antes de convertirse en un hombre.

No importaba que su espíritu se hubiera rebelado, haciéndole cuestionar la misma asunción del derecho del Brillante Imperio a gobernar los semibrutos, las criaturas humanas que se habían diseminado tan meticulosamente por las grandes masas de tierra del norte y del oeste, que ahora se denominaban «los Reinos Jóvenes», y que se atrevieran, incluso con sus débiles brujerías y guerreros inexpertos, a desafiar el poder de los Emperadores Brujos, de los que él era el último por línea directa.

No importaba que hubiera odiado tanto la arrogancia y el indecoroso orgullo de su pueblo, su fã-

cil recurso a toda clase de injustas tiranías con tal de mantener su poder.

No importaba que hubiera conocido la vergüenza, una emoción nueva para alguien de su clase. A pesar de todo ello, su sangre anhelaba el hogar y todas las cosas que había amado, o incluso odiado, pues tenía eso en común con los humanos entre los que ahora vivía y viajaba: a veces, prefería estar cerca de lo que le resultaba familiar y gravoso, antes que abandonarlo por algo nuevo, aunque le ofreciera libertad de las cadenas de la herencia que le ataba y que finalmente debía destruirle.

Y con ese anhelo aumentando en él, al mismo tiempo que su nueva soledad, Elric recuperó el control de sí mismo, aumentó el paso de su montura y dejó Guyë muy atrás, como un recuerdo que se desvaneciera, mientras continuaba avanzando en dirección a la desconocida Elwher, el hogar de su amigo, que él nunca había visto.

★ ★ ★

Se hallaba a la vista de una cadena de montañas que las gentes locales significaban con el nombre de Los Dientes de Shenh, un dios-demonio provinciano, y seguía una ruta de caravanas que descendía hacia un grupo de chabolas rodeadas por un muro de barro y troncos que ya le habían descrito como la ciudad de Toomoo-Kag-Sanapet-del-Templo-Invencible, Capi-

tal de la Iniquidad y de Riqueza Inimaginable, cuando oyó un grito de protesta a su espalda y vio una figura que caía rodando por la colina, hacia él, mientras que, por encima, un nubarrón que previamente no había visto, enviaba lanzas plateadas de luz que restallaban contra la tierra, haciendo que los caballos de Elric se encabritaran y bufaran con un nerviosismo que no era típico de ellos. Luego, el mundo se vio bañado por una luz rojodorada, como si se hubiera producido un repentino amanecer que se transformó en un azul morado y luego en un marrón oscuro antes de girar como una corriente colérica hacia el horizonte y desvanecerse, para dejar atrás sólo unas pocas nubes perturbadas en un cielo ordinariamente deprimente por la llovizna.

Tras decidir que este acontecimiento era lo bastante extraño como para merecer algo más que su habitual breve atención, Elric se volvió hacia el individuo pequeño y de cabeza roja que en aquellos momentos salía de una zanja situada al borde de un campo de maíz verdeplateado. Miró con nerviosismo hacia el cielo y se arrebujó el pequeño cuerpo con un abrigo bastante deshilachado. El abrigo no se juntaba en la parte delantera, y no porque le estuviera muy apretado, sino porque los bolsillos, tanto interiores como exteriores, se hallaban atestados de pequeños volúmenes. Llevaba en las piernas unos pantalones a juego, grises y brillantes, un par de botas negras con cordones que, al levantar él una rodilla para inspec-

cionar una rasgadura, revelaron unos calcetines tan rojos como su pelo. El rostro, adornado con una barba de aspecto casi enfermizo, estaba salpicado de pecas y era pálido, y en él relucían unos ojos azules de mirada tan intensa e inquieta como la de un ave, por encima de un pico puntiagudo que le daba el aspecto de un enorme ruiseñor tremendamente serio. Se irguió al ver que Elric se aproximaba y empezó a bajar el resto de la colina con naturalidad.

—¿Creéis que lloverá, señor? Creí haber oído un trueno hace un momento. Me hizo perder el equilibrio.—Se detuvo y echó una mirada hacia atrás—. Creía tener una jarra de cerveza en la mano.—Se rascó la enmarañada barba—. Y ahora que lo pienso, yo estaba sentado en un banco fuera de El Hombre Verde. Un momento, señor, sois un tipo muy improbable como para que estéis en Putney Common.—Y tras decir esto se sentó de repente sobre un pequeño montículo de hierba—. ¡Santo Dios! ¿He vuelto a ser transportado?—Pareció reconocer entonces a Elric—. Creo que ya nos hemos visto en alguna otra parte, señor. ¿O erais simplemente un sujeto?

—Tenéis ventaja sobre mí, señor —dijo Elric desmontando, sintiéndose atraído hacia el hombre que se parecía a un pájaro—. Se me llama Elric de Melniboné, y soy un viajero errante.

—Mi nombre es Wheldrake, señor. Ernest Wheldrake. He estado viajando a alguna parte, de mala gana desde que abandoné Albión, primero a la Inglaterra

victoriana, donde conseguí una cierta fama antes de verme atraído hacia la Inglaterra isabelina. Creo que me estoy acostumbrando cada vez más a las partidas repentinas. ¿Cuál es vuestro oficio, maese Elric, si es que no pertenecéis al teatro?

Elric, para quien la mitad de lo que decía el hombre no tenía sentido alguno, sacudió la cabeza.

—He practicado durante un tiempo el oficio de espada mercenaria. ¿Y vos, señor?

—Yo, señor mío, soy un poeta. —Maese Wheldrake se palpó y hurgó los bolsillos en busca de cierto volumen y, al no encontrarlo, hizo un movimiento con los dedos como para indicar que, de todos modos, no necesitaba certificados, y cruzó los escuálidos brazos sobre el pecho—. Se ha dicho que he sido un poeta de corte y de los barrios bajos. Debería estar todavía en la corte, de no haber sido por los intentos del doctor Dee por mostrarme nuestro pasado griego. Desde entonces he aprendido que eso es imposible.

—¿No sabéis cómo habéis venido a parar aquí?

—Sólo tengo la más vaga de las ideas, señor. ¡Ajá! Pero ahora ya os tengo situado —exclamó produciendo un chasquido con los dedos—. ¡Un sujeto, por lo que recuerdo!

Elric había perdido todo interés por esta clase de interrogatorio.

—Me encuentro de camino hacia aquella metrópolis, señor, y si cabalgáis en uno de mis animales de carga me sentiré honrado de llevaros allí. Si no te-

néis dinero, os pagaré una habitación y una comida para esta noche.

—Eso me encantaría, señor. Gracias. —Y el poeta montó diestramente sobre el caballo más alejado, y se acomodó entre los sacos y paquetes con los que Elric se había equipado para emprender un viaje de duración indeterminada—. Había temido que lloviera, y en estos días tengo tendencia a los resfriados...

Elric continuó el descenso por el largo y tortuoso camino de caravanas en dirección a las agitadas calles llenas de barro y los sucios muros de troncos de Toomoo-Kag-Sanapet-del-Templo-Invencible, mientras que, con una voz aguda pero a pesar de ello extrañamente hermosa que le hizo pensar en el gorjeo de un ave, Wheldrake cantó varias estrofas que Elric supuso serían de composición propia.

—«Con el corazón lleno de un feroz propósito y la hoja empuñada con más fuerza. El honor luchaba en su interior contra la venganza, fría y cruel. La vieja noche y la nueva era anidaban en él; todo el poder antiguo y todo el nuevo. Y a pesar de todo no detuvo su matanza.» Y hay todavía más, señor. Él está convencido de que se ha conquistado a sí mismo y a su espada, y grita: «¡Veis, mis maestros! ¡Impongo mi fuerza moral sobre esta hoja del infierno, y el Caos ya no se ve servida por ella! El verdadero propósito triunfará y la Justicia regirá en Armonía con el Romance en éste, el más perfecto de los mundos». Y así, señor, era como terminaba mi drama.

¿Es vuestra historia parecida de algún modo, señor?
¿Quizás un poco?

—Quizás un poco, señor. Confío en que pronto seáis devuelto al reino demoniaco del que hayáis escapado.

—Parecéis ofendido. ¡Pero en mis versos sois un héroe! Os aseguro que obtuve los principales detalles de la historia a partir de una fuente fidedigna. Una dama. Y la discreción exige que no revele su nombre. ¡Oh, señor! ¡Oh, señor! Qué magnífico momento es éste para nosotros, cuando la metáfora se transforma en una realidad común y lo cotidiano se convierte en algo perteneciente a la Fantasía y el Mito...

Sin apenas escuchar las cosas sin sentido que decía el pequeño hombre, Elric continuó hacia la ciudad.

—Fijaos, señor, qué extraordinaria depresión en ese campo de allá —dijo Wheldrake de repente, interrumpiendo sus propios versos—. ¿Lo veis, señor? Esa figura, como si una enorme bestia hubiera aplastado el maíz. ¿Es éste un fenómeno habitual por estos lares, señor?

Elric miró con naturalidad más allá del maíz y tuvo que admitir que, en efecto, éste había sido aplastado en una amplia zona, y no por ningún agente humano evidente. Volvió a detener el paso de su montura, con el ceño fruncido.

—Yo también soy un extraño aquí. Quizás haya tenido lugar alguna ceremonia que haya aplastado así el maíz...

Apenas había terminado de hablar cuando sonó un

repentino bufido que conmocionó el suelo bajo sus pies y que casi los ensordeció. Era como si el mismo campo hubiera descubierto que tenía voz.

—¿Os resulta esto extraño, señor? —preguntó Wheldrake llevándose los dedos a la barbilla—. Para mí es condenadamente extraño.

Casi sin pensarlo, Elric extendió la mano hacia la empuñadura de su espada rúnica. El aire estaba impregnado de un olor nauseabundo que reconoció, aunque sin poderlo situar por el momento.

Entonces se oyó una especie de crac, un retumbar como el de una tormenta distante, un suspiro que llenó el aire y que tuvo que haber sido escuchado por todo el mundo, allá abajo y, de pronto, Elric supo de qué forma había entrado Wheldrake en este ámbito cuando no tenía nada que hacer en él, pues allí estaba la criatura que había creado realmente los relámpagos y que había traído a Wheldrake en su onda. Aquí había algo sobrenatural que había atravesado las dimensiones para enfrentarse a él.

Los caballos empezaron a encabritarse y a relinchar. La yegua que transportaba a Wheldrake trató de liberarse de su arnés, se enredó con las riendas y envió a Wheldrake a rodar nuevamente por el suelo, mientras que del campo de maíz, como una sensible manifestación de la tierra misma, surgió un enorme reptil, sacudiéndose las piedras y la rica tierra, manojos de amapolas y la mitad del contenido del campo, haciéndose más y más grande y sacudiéndose para li-

berarse de todo cuanto lo había enterrado hasta entonces. Era un reptil de hocico delgado, que brillaba con matices verdes y rojos, con unos dientes como cuchillas, con la saliva siseante al golpear la tierra, con un aliento débilmente humeante que surgía de las ventanas de su nariz, mientras que una cola larga de gruesas escamas se agitaba como un látigo por detrás, arrancando matojos y arruinando todavía más los recursos sobre los cuales se basaba la riqueza metropolitana. Se oyó otro estampido seco, como un trueno, cuando un ala curtida se extendió hacia arriba y descendió con un ruido apenas un poco más soportable que el hedor que lo acompañaba; la otra ala se levantó también y volvió a caer. Era como si el dragón se viera obligado por algún gran útero terrenal, obligado por las dimensiones, por muros que eran físicos al mismo tiempo que sobrenaturales; se agitó y se removió para liberarse. Levantó la cabeza, extraordinariamente hermosa, y volvió a gritar y a arrastrarse, y sus delicadas garras, más afiladas y grandes que cualquier espada, chocaron y vibraron en la luz apagada.

Wheldrake, que se había ido hasta ponerse en pie, echó a correr sin ceremonias hacia la ciudad, y Elric no pudo hacer otra cosa sino dejar que sus bestias de carga huyeran con él. El albino quedó, pues, frente al monstruo, sin la menor duda acerca de sobre quién deseaba éste ejercer su cólera. Su sinuoso cuerpo ya se movía con una especie de gracia monumental al tiempo que se volvía para mirar a Elric.

Restalló de repente y Elric se vio arrojado al suelo; la sangre brotaba a borbotones del torso del caballo y los restos del animal se derrumbaron sobre el camino. El albino rodó rápidamente sobre sí mismo y se incorporó; la *Tórrmentosa* aullaba y susurraba ya en su mano, las runas negras brillaban a lo largo de la hoja y la radiación negra parpadeaba arriba y abajo de los filos. Entonces, el dragón vaciló, lo miró cautelosamente mientras sus mandíbulas masticaban por un momento la cabeza del caballo y la garganta hacía un solo movimiento para tragarla. Elric no tuvo ninguna otra alternativa. ¡Se lanzó contra su tremendo adversario! Los grandes ojos de la bestia trataron de seguirlo mientras él zigzagueaba entre el maíz, y las mandíbulas del monstruo goteaban y se sacudían el licor sanguinolento que marchitaba y mataba todo lo que tocaba. Pero Elric se había criado entre dragones y conocía tan bien su vulnerabilidad como su poder. Sabía que si lograba acercarse lo suficiente a la bestia había puntos que podría golpear y al menos herirla. Sería su única posibilidad de supervivencia.

Cuando el monstruo volvió la cabeza, buscándolo, haciendo chasquear los colmillos y emitiendo grandes alientos de su garganta y de las ventanas de la nariz, Elric se abalanzó desde debajo del cuello y lanzó un solo mandoble contra el pequeño lugar situado a medio camino de su longitud, donde las escamas eran siempre blandas, al menos en los dragones melnibonenses; el dragón pareció notar el golpe y retrocedió,